

**LOS JUDÍOS SEFARDITAS DE TESALÓNICA EN LOS RELATOS DE YORGOS IOANU (1927-1985)****The Sephardi Jews of Thesalonica in the tales by Giorgos Ioannu (1927-1985)**

Amor LÓPEZ JIMENO  
*Universidad de Valladolid*

**1.-PRELIMINARES: LA FIGURA DE Y. IOANU EN EL MARCO DE LA LITERATURA GRIEGA CONTEMPORÁNEA \***

Yorgos Ioanu es una de las figuras más relevantes y peculiares de la literatura griega contemporánea, genuino representante de la llamada “Escuela de Tesalónica”, con características comunes e inconfundibles, en la que se incluirían otros conocidos escritores como Vasilis Vasilicós, Kostas Tajtsís, o Yorgos Jimonás. La ciudad macedonia tiene algo especial, un elemento “diferenciador”, una brillante continuidad histórica de la que carece Atenas y que da a sus habitantes un legítimo orgullo e incluso cierto desdén hacia la capital. Tesalónica disfruta aún hoy de una dinámica actividad cultural, política y económica que le asegura un protagonismo ineludible, tanto en el panorama griego, como de toda la región. Los escritores tesalonicenses tienen, pues, una cierta “denominación de origen” que los caracteriza y distingue, terreno en el que no nos podemos adentrar ahora. La tradicional rivalidad entre ambas ciudades se ha querido traspasar al campo literario, hasta extremos a veces exagerados, acusando a autores como el propio Ioanu de un injusto provincianismo<sup>1</sup>.

Allí nació Ioanu en noviembre de 1927, en el seno de una familia de refugiados, procedente de la Tracia Oriental. Estudió Historia y Arqueología en la Universidad Aristotélica, en cuya Cátedra de Historia Antigua trabajó temporalmente, hasta ganar su plaza en la Enseñanza Secundaria, tras recorrer Atenas y varias provincias. En 1962 es enviado a Banghâzi (Libia), donde funda el Instituto Griego.

Yorgos Ioanu comienza su andadura literaria como poeta, con una pequeña colección: *Ηλιοτρόπια* (*Girasoles*, 1954), a la que sigue *Τα χίλια δέντρα* (*Los Mil Arboles*, 1964), –nombre de un famoso pinar a las afueras de Tesalónica, también llamado Seij-Suj–<sup>2</sup>. A la vez aparece su primer libro de relatos en prosa, *Για ένα φιλότιμο* (1964), aclamado por crítica y público, lo que le anima a

\* Agradecemos sinceramente a la familia del autor la aportación de los datos biográficos.

1 E. Mavronitis, "Ερωτήματα για επαρχιακή λογοτεχνία" *Διαβάζω* 10, 1978, 30-39. "Yorgos Ioanu. Literatura provinciana: interrogantes y aporías. Las mezclas de seguridad y el conversador desnudo. La patología provinciana y el entusiasmo folclórico. Elecciones provincianas: otros caminos." 1977, reed. 1978 y 1986.

2 Durante la ocupación los alemanes establecieron aquí un campamento de adiestramiento de perros para perseguir a los de la resistencia. Vid. el relato "Los perros de Seij-Súj", de su libro *La única herencia*.

abandonar la poesía y cultivar este género en exclusiva. En él escribe el resto de su producción: *Η Σαρκοφάγος* (1971), *Ημόνη κληρονομιά* (1974), *Το δικό μας αίμα* (1978), *Επιτάφιος θρήνος* (1980), *Ομόνοια 1980* (1980) *Κοιτάσματα* (1981), *Πολλαπλά κατάγματα* (1981), *Εφήβων και μή* (1982), *Καταπακτή* (1982), *Εύφλεκτη χώρα* (1982), y *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (1984). Publica, además, la obra de teatro para niños *Το αυγό τη κότας*, (1981), representada en el Teatro Nacional. Póstumamente aparecería la "lectura infantil" *Ο Πίκος και η Πίκα* (1986).

Ioanu se preocupó también de recuperar la tradición popular griega, escribiendo introducciones, comentarios y glosarios. Recopiló y editó la canción popular, verdadero pilar de la literatura neogriega, los cuentos y el teatro de sombras: *Τα δημοτικά μας τραγούδια* (1966) y *Παραλογές*<sup>3</sup> (1970), *Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού* (1966), y *Παραμύθια του λαού μας* (1973) y *Καραγκιόζης*<sup>4</sup> (1971-72), respectivamente.

Trasladó además obras del griego clásico al moderno, con los respectivos comentarios: la tragedia de Eurípides *Ifigenia entre los Tauros* (1969), el Libro XII de la *Antología Palatina*, titulado "Musa infantil de Estratón" (*Στράτωνος Μούσα Παιδική*, 1980), y abordó la edición, con introducción y comentario, del *Diario* de Filippos S. Dragumis, (1984). Tradujo además algunos capítulos de las *Confesiones* de San Agustín, así como la *Germania* de Tácito (1981), del latín.

Sus estudios sobre la literatura griega se completaron con el ensayo sobre Papadiamantis, Kavafis y Lapaciotis<sup>5</sup>, titulado *El amor de la naturaleza (Ο της φύσεως έρως*, 1985).

Pero su presencia en el panorama literario griego no se agota con su creación propia y sus estudios: desde 1978 hasta su muerte sacó adelante casi en solitario la revista *Φυλλάδιο (Fascículo)*, (8 números), además de colaborar con regularidad en otras revistas y periódicos.

En 1982 se grabó el disco *Κέντρο Διερχομένων*, con versos de Yorgos Ioanu y música de N. Mamankaki. Grabó además una cinta magnetofónica leyendo algunos de sus propios textos: *Ο Ιωάννου διαβάζει τον Ιωάννου*. Algunos músicos han aprovechado sus poemas para sus canciones, que artistas como Elefcería Arvanitaki han puesto de moda incluso en nuestro país<sup>6</sup>.

En 1971 se establece de manera definitiva en Atenas, donde fallecería el 16 de febrero de 1985.

**1.1.** Hombre de amplia cultura y formación humanista, filólogo, poeta, profesor y etnógrafo, Ioanu pertenece a una generación literaria que empieza a publicar por los años 50. Criados entre la IIª Guerra Mundial y la civil, mostrarán una acusada sensibilidad hacia la delicada situación socio-política de su país y en muchos de ellos su compromiso político se aúna con una voluntad de renovar las formas expresivas en el terreno literario. En el caso de Ioanu, esta renovación se traduce

3 Tipo de canción popular "narrativa", por lo general breve y de hondo dramatismo, que relata algún suceso histórico o leyenda.

4 El popular teatro de sombras, editado por Ioanu.

5 Napoleón Lapaciotis (1888-1943), poeta del 20, seguidor de Oscar Wilde en sus primeros poemas, melancólico y desesperado en los últimos, al estilo de su coetáneo Kariotakis.

6 En mayo de 1999 actuó en el WOMAD en Cáceres y en septiembre en Salamanca.

en el impulso a un género específico, en paralelo a la profundización en las raíces de la literatura popular griega.

En cuanto a su creación propia, Ioanu dio sus primeros pasos como poeta, y destacó como ensayista y etnógrafo, pero el género con que se le identifica en Grecia es el *relato breve*, que él mismo denomina *πεζογραφήματα* (prosas). Este nuevo género, así como los fundamentos estéticos de que lo dotó Ioanu, han ejercido hasta la actualidad una vigorosa influencia en la prosa griega. Sus relatos tienen una impronta inconfundible: narrador en primera persona, tono confidencial, pseudo-biográfico, cargado de ironía, frases breves, concisas, abundantes expresiones populares, personajes variopintos, anécdotas a veces intrascendentes... Escenas, en definitiva, de una vida cotidiana, pero en un entorno poco habitual: el de la guerra, la ocupación extranjera, las penurias posteriores, los dramas familiares, la soledad individual, el aislamiento de la gran ciudad... Todo ello con el trasfondo de una ciudad: Tesalónica.

2. Ioanu es un autor estrechamente vinculado a su ciudad, pero no vamos a detenernos ahora en este tema, sino en unos personajes muy concretos que desde bien pronto se ganaron la simpatía e incluso la amistad del autor, y que tienen remotos vínculos con nosotros: los judíos.

Tesalónica acogió, a partir del siglo XV, gran número de judíos expulsados de la España cristianizada por los Reyes Católicos. Allí encontraron su hogar estos hermanos repudiados, que, asombrosamente, conservaron intacta su lengua, sus tradiciones, su amor por Sefarad y tal vez, la esperanza de retornar algún día, que se fue diluyendo a medida que se integraban en su nueva patria. En Tesalónica, que era la segunda ciudad en importancia durante el Imperio Bizantino y encrucijada entre Oriente y Occidente, encontraron terreno apropiado para reconstruir sus vidas, acostumbrados a la pluralidad cultural, étnica, y religiosa. Desde entonces y aun después, ya bajo dominio otomano, hasta principios de este siglo, se mantuvo esta situación plural y heterogénea. Tras las Guerras Balcánicas (1912-13) y la integración de la ciudad en el Estado griego, los sefarditas siguieron constituyendo una minoría próspera y perfectamente enraizada. Así permanecieron hasta otra expulsión, más radical, más brutal, más definitiva: la de los nazis, a mediados de este siglo, que acabaron con ellos con eficacia alemana<sup>7</sup>. Apenas quedan hoy sefarditas en Tesalónica, pero los que sobreviven conservan su larga y doliente memoria en una magnífica biblioteca, en una recóndita sinagoga en el corazón de la ciudad, junto a la emblemática Plaza de Aristóteles y sobre todo, un hermoso castellano de resonancias medievales.

Ioanu, que sentía debilidad por todos los personajes desvalidos, marginales, perdedores, convivió desde niño con la presencia de judíos tesalonicenses. En su vecindario encontró ese amigo inolvidable de la infancia, Isos, cuya joven vida quedó truncada por el exterminio nazi.

Los judíos protagonizan varios de sus relatos. Ofrecemos aquí tres de ellos, altamente representativos del estilo del autor y conmovedores por su tono y contenido. Pertenecen a sus dos primeras colecciones: Por amor propio (“Las tumbas judías”) y El sarcófago (“La cama”, “Las Incantadas”), y nos sitúan en los años de su difícil adolescencia.

---

<sup>7</sup> Vid. R. Molho, “La destrucción de los judíos de Tesalónica” *Raíces* 33, 1997-98, 23-29 y F. Ambatzopulu, “El testimonio del Holocausto en la literatura griega” *ibidem* 30-36.

En el primero de ellos, que parece un anticipo de “El sarcófago”, que dará título a su siguiente colección, las tumbas se convierten en nido de amores clandestinos. El segundo es una buena muestra de la ironía típica de Ioanu, que se burla de su propia credulidad y las supersticiones y creencias arraigadas en su propia familia. Finalmente, “La cama” es un emotivo homenaje a su entrañable amigo y vecino Isos.

En los tres casos el misterio que planea, los mensajes cifrados al lector y el abrupto y enigmático final nos dejan un poso de sorpresa, amargura y reflexión. Estamos seguros de que el lector español encontrará muchos elementos familiares y esperamos que su profunda emotividad nos acerque un poco a estos parientes lejanos injustamente olvidados.

### 3. Obra de Y. Ioanu

#### Poesía:

1954	<i>Ηλιοτρόπια,</i>	<i>Girasoles</i>
1963	<i>Τα χίλια δέντρα</i>	<i>(Los Mil Árboles)</i>

#### Relatos:

1964	<i>Για ένα φιλότιμο,</i>	<i>Por amor propio</i>
1971	<i>Η Σαρκοφάγος,</i>	<i>El sarcófago</i>
1974	<i>Η μόνη κληρονομιά,</i>	<i>La única herencia</i>
1978	<i>Το δικό μας αίμα,</i>	<i>Nuestra sangre</i>
1980	<i>Ομόνοια 1980,</i>	<i>Omonia 1980</i>
1980	<i>Επιτάφιος θρήνος,</i>	<i>Lamento funerario</i>
1981	<i>Κοιτάσματα,</i>	<i>Sedimentos</i>
1981	<i>Πολλαπλά κατάγματα</i>	<i>Fracturas múltiples</i>
1982	<i>Εφήβων και μη,</i>	<i>Efebos y no</i>
1982	<i>Εύφλεκτη χώρα,</i>	<i>País inflamable</i>
1984	<i>Η πρωτεύουσα των προσφύγων</i>	<i>La capital de los refugiados</i>

#### Ensayos:

1966	<i>Τα δημοτικά μας τραγούδια</i>	<i>(Nuestra canción popular),</i>
1966	<i>Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού</i>	<i>(Cuentos mágicos del pueblo griego)</i>
1970	<i>Παραλογές,</i>	
1971-72	<i>Καραγκιόζης</i>	<i>(Karanguiosis, 3 tomos)</i>
1973	<i>Παραμύθια του λαού μας</i>	<i>(Cuentos de nuestro pueblo)</i>
1985	<i>Ο της φύσεως έρωσ</i>	<i>El amor de naturaleza (sobre Papadimantis, Kavafis y Lapaciotis).</i>

#### Otras:

1981	<i>Το αυγό της κότας,</i>	<i>El huevo de gallina (obra de teatro infantil)</i>
1984	<i>Αλεξάνδρεια 1916,</i>	<i>Alejadria 1916 (Diario)</i>

#### Traducciones de Ioanu:

*Le sarcophage*, trad. M. Volkocitch, Paris, Climats, 1992.

*Good Friday Vigil*, trad. P. Mackridge - J. Wilcox, Atenas, Kedros, 1995.

*El sarcófago*, trad. R. Bermejo - E. Ibáñez - A. López, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1998<sup>8</sup>.

#### 4. Bibliografía complementaria

Δώρου Θεοδούλου, *Γιώργου Ιωάννου + 13-12-43 en Νεοελληνική Λογοτεχνία. Οι εξεγήσεις στα συνέδρια ποίησης και πεζογραφίας*, Λευκωσιῶνα, 1991, 327-333.

Ν. Τριανταφυλλόπουλος, "Ένας επιτάφιος με τον τρόπο του Γ. Ιωάννου, + 13- 12-43", *Νεοελληνική Παιδεία* 17, 1989, 134-142.

Γ. Αράγης, "Το λογοτεχνικό πεζογραφικό έργο του Γ. Ιωάννου, *Φιλολόγος* 43, 1986, 22-32.

Αλ. Κοτζιάς *Μεταπολεμική πεζογράφοι*, Αθήνα, Κέδρος, 1982, 42-54.

Μ. Κουμανταρέας, "Σκέφτομαι τον Ιωάννου" en *Πλανοδιος Σαλπικτης Κέδρος*, Αθήνα, 1989, 157-171.

Α. López Jimeno, "Un relato de Yorgos Ioanu (1927-1985): +13-12-43, de la colección *Por amor propio (Για ένα φιλότιμο, 1964)*" *Fortunatae* 9, 1997, 41-57.

Δ. Μαρωνίτης, Ερωτήματα για την επαρχιακή λογοτεχνία, *Διαβάζω* 10, 1978, 30-39.

Π. Μουλλάς, "Γ. Ιωάννου: Για νεα φιλότιμο", *Εποχές* 26, 1965, 72-74.

VV.AA. *Οδός Πανός* 86-87, 1996 (monográfico).

L. Politis, *Historia de la literatura griega moderna*, trad. esp. G. Núñez, Madrid, 1994, 180 y 269.

Απ. Σαχίνης, *Μεσοπολεμικοί Πεζογράφοι*, 1979, 151-155.

---

<sup>8</sup> Candidata al Premio Nacional de Traducción en Grecia y al Premio Nacional de la Asociación de Editores Universitarios en España, ambos en 1999.

## LAS TUMBAS JUDÍAS

*En aquella época, sobre el pecho de alguno de nosotros había empezado a dibujarse una negra cruz de vello. Los que la tenían se distinguían también por otras marcas comunes, como si estuvieran predestinados a algo especial. La mayoría de las veces, por un solo gesto adivinaba al que estaba predestinado. Después comenzaba el seguimiento y normalmente lo corroboraba todo, cuando, tarde o temprano, coincidía que nos llevaban al baño. Al principio, cuando entrábamos, revolucionábamos a la gente con las risas y chillidos varios, pero en cuanto nos quitábamos el uniforme del todo y empezaba a correr el agua, se producía un profundo silencio. Las miradas de unos cuantos perdían la corrección. Los predestinados, sin embargo, me daba la impresión de que hacían intentos desesperados por perderse entre el montón y librarse. Entre ellos estaban, como en todas partes, los más pudorosos y los más silenciosos. Esfuerzo baldío.*

*Después lo olvidábamos todo y tras el rancho vespertino cogía a mi amigo y solíamos dirigirnos hacia la Ramona. Y él, como todos los predestinados, inmediatamente se dejaba llevar. Entre las callejuelas de la Ramona, en aquellos viejos cafés, en los fumaderos de opio, detrás de las tapias con hierros viejos, siempre había unas cuantas mujeres esperando. Eran todas idénticas: gordas y entraditas en años. Cuando ellas estaban ya echadas a perder, nosotros éramos aún una chispa en los ojos de nuestro padre. Me fijaba sobre todo en dos cosas mientras nos apretujábamos en la oscuridad: sus besuconeos y la pequeña iglesia bizantina que emergía entre las barracas. El otro, no sé qué pensaba, pero sé qué hacía, porque la mayoría de las veces formábamos cooperativa. Una noche elegí una reja de entre las tapias de todo tipo, sin duda de las casas derruidas. Empecé a acudir incluso antes de que anocheciese. Me pasaba horas sentado, escarbando, trabé amistad con los jefes, que me miraban extrañados. Al principio creyeron que iba a comprar, después que era del gremio, herrero o dibujante. Les contesté vagamente que estaba interesado.*

*Nos quedábamos en la Ramona hasta que anochecía del todo. Después, si no había luna, nos dirigíamos hacia las tumbas judías. La verdad es que muchas veces, en el camino, nos hacían proposiciones evidentes y se nos pegaban descaradamente. No aceptamos nunca, pero nuestra alma se sentía atraída. De todos modos, tras la negación, yo recaudaba aquellas miradas furiosas. Poco a poco dejábamos atrás las luces y el tráfico. Como si nos hundiéramos.*

*Pero, por más espesa que fuera la oscuridad, nuestros uniformes blancos resaltaban. No habíamos llegado aún y en torno a nosotros comenzaban las sombras. Sentías la soledad llena de gente que resollaba. Dicen que en cuanto cae la tarde les entra un no sé qué. Abandonan casas, familia, todo, y se lanzan por cientos de todas las direcciones. Cada noche se juegan el todo por el todo. No está en su mano hacer otra cosa. El marino o el soldado, en su pobre corazón, tienen muchos incentivos. El uniforme aporta automáticamente muchas garantías. Es joven, robusto y no tiene un duro, y además no es policía. En realidad todo eso puede no ser verdad, a excepción de lo primero, que es, al fin y al cabo, lo fundamental. Los enamorados de verdad evitan, naturalmente, este sitio. No les motiva la agonía del lugar. Se nos acercaban, más que acercarnos nosotros. Después repetían las frases preestablecidas.*

*Es duro vagar en la noche por lugares por los que, en el fondo, sientes un profundo respeto. Es como portarse mal en tu propia casa, en donde te rodean cosas que tocan constantemente las*

*personas más queridas por ti o tus hermanos pequeños. Yo intentaba al menos que nos alejáramos lo más posible del muro que separaba la Universidad del cementerio. Además había innumerables fosas: los judíos no desentierran nunca a sus muertos. Las tumbas eran fosas rectangulares construidas hacia dentro. El ladrillo, duro y brillante, ascendía simétricamente como filas de jabón rojo del de lavar. Esta pared interior sobresalía unos palmos sobre el suelo y así, cuando se colocaba encima la losa de una pieza, formaba un horno auténtico. En vez de bajarlos desde arriba podrían haberlos horneado también por el costado. La losa tenía grabados motivos alusivos al oficio del muerto: zapatos, sombreros, dentaduras, tenedores, palas de horno, barriles, pies y manos, muchas veces incluso hombres desnudos. Muchos motivos los entendía de inmediato, cuando jugaba allí de pequeño. Otros, sin embargo, eran tan simbólicos que no podía explicarlos. Los coches fúnebres, recuerdo, iban tirados por dos, cuatro o seis caballitos negros, cubiertos de la cabeza a los pies con negros atavíos. Cuando pasaba aquella cosa encapuchada, sólo veías 8, 16 ó 24 patas subir y bajar al compás. Cuando se detenía para descender al muerto, era exactamente igual que una mesa preparada para comer y de la que se vieran sólo las patas bajitas bajitas por debajo del mantel. Los arcos tenían en las esquinas la estrella de David bordada con ribetes blancos. En lo alto de la cabeza de los caballos habían colocado unas alas blancas. Toda aquella interminable superficie desnuda se balanceaba y chirriaba feroz y proféticamente los mediodías del verano, en medio de una dulce fetidez embriagadora. Ni flores ni cipreses plantan jamás los judíos. Tras el gran cataclismo<sup>9</sup> de la ocupación empezaron a desbaratar por completo las tumbas de los judíos. La mayor parte de los ladrillos y las lápidas la cogieron las iglesias. Rascaban las aprovechables, borrando las letras, o las volvían del revés, y así servían como estelas para reclinatorios, incluso para relieves. Sólo que muchas de ellas tienen aún manchas de grasa. Solían estar regordetes, los judíos.*

*Ibamos tan a menudo que al final frecuentábamos las mismas sepulturas. Lancé después la sugerencia y quedábamos dentro de las fosas. Las mujeres nos esperaban allí, acostadas o sentadas. Pero cuando llegábamos nosotros antes, las esperábamos sentados fuera, cada uno en su tumba. Veía la silueta de mi amigo recortada entre el resplandor de las luces de la Feria de Muestras o de los fuegos artificiales, y pensaba cuánta razón tiene Tsarujis<sup>10</sup> cuando pone alas a los marinos que pinta. En cuanto mi amiguete se perdía, bajaba yo también a mi tumba, muchas veces solo. Mi chica, por llamarla de alguna manera, no era tan asidua; yo, sin embargo, no lo reconocía. Es más, me preocupaba de manchar un poco con tierra determinados lugares estratégicos para tener yo también algo que sacudirme cuando salíamos a la luz.*

*Al regreso iba siempre callado. El otro reía a carcajadas, contaba detalles. Sin sospecha ninguna y completamente entregado a su destino, no se daba cuenta en absoluto del montaje. Una noche habló de un mirón. Como si lo acechara alguien; evidentemente no lo había visto. De repente dejó de venir conmigo. Iba por las noches al puerto y se metía desnudo en el mar. Sacaba municiones de las barcasas hundidas. Putas y aduaneros eran ya sus compañías. Nada importaba, no podía importar.*

---

9 El término utilizado en griego, *γιάωγμα*, alude a un juego infantil que consiste en tirar las cosas que sobran (juguetes, cromos) al aire, para que las recojan otros niños.

10 Yanis Tsarujis (1910-1989), pintor, director de teatro y escritor de El Pireo.

**LAS INCANTADAS<sup>11</sup>**

*No hace mucho que leí en un extraño libro sobre el Monumento de las Hechiceras, Las Incantadas, como las llamaban los judíos sefarditas de nuestra ciudad. Vi también cuantos bocetos se han salvado: una construcción ornamentada con kores y otras esculturas, enterrada entre casas y casuchas justo ahí, en una esquina de la actual Plaza de los Juzgados. Nos levantaron, por supuesto, también estas reliquias, hace aproximadamente un siglo, y ahora se encuentran, tiradas quién sabe dónde, en el Museo del Louvre.*

*Y sin embargo, yo juraría que estas cosas las he visto con mis propios ojos en pie, en su sitio. Pues incluso con el nombre, cuando lo oí por vez primera, se calentó mi corazón. Me parece haber vivido en otros tiempos en estas casas, que formaban un círculo y fueron finalmente barridas por el gran incendio<sup>12</sup>. Y no sólo eso, sino que creo recordar también la gran iglesia de San Nicolás, que también se quemó en el 17, es decir, bastantes años antes de que yo naciera. Sus candiles iban y venían ellos solos tiempo antes de que estallara el gran incendio, que fue con toda seguridad provocado por los sempiternos tecnócratas estúpidos, para limpiar de una buena vez el barrio turco de chabolas de hojalata. Ahora que, si junto con las barracas se quemaron también obras maestras, eso poco les conmovió a esos descerebrados. Su ideal es el asfalto y el cemento: tal es su sensibilidad. Paseando una tarde con mi abuela dentro de la ermita que se construyó después sobre el mismo recinto sagrado de San Nicolás, vi llorar a las imágenes del iconostasio. Lo dije sin pensar, pero inmediatamente me arrepentí. Por poco no organizan una procesión las viejas del barrio, que se morían por esas cosas.*

*En este lugar, pero también en mi interior, algo pasa. Y no pido a nadie que me crea. Incluso ahora, cuando paso por allí o pienso en él, me invade el miedo. Me vuelvo loco por contactos de otro tipo.*

*Dando vueltas al asunto, pronto dejé de hablar de lo que veía u oía. Lo sobrellevaba yo solo. Bien entrada la noche oía dulces voces conocidas, pronunciaban mi nombre. Al principio salía confiado al patio enlosetado en mármol de la casa turca con el gran moral. Naturalmente no aparecía nadie. Por fortuna no abrí nunca el pico. Podía haber perdido, dicen, el habla o la razón. Algún santo me protegía. Aún no han cesado las voces del todo, pero se han espaciado. No son tan frecuentes como antaño, con las poluciones nocturnas.*

*Las voces desconocidas no me daban tanto miedo cuanto me estremecían mis propias voces, mi delirio nocturno, dentro de mi abarrotada habitación. Desde pequeño había aprendido a precintar mi alma antes de dormir. Sellé mi alma y dejé incluso de tener sueños. Llevo años sin soñar nada. De vez en cuando creo haber visto algo confuso. Colores, sonidos, figuras, a otro ritmo, lento e insípido, dirigiéndose a penetrar una dentro de la otra. Suelo tener fiebre, cuando veo tales cosas.*

*Más cosas, puedo decir, he visto en sueños o, por mejor decir, he sentido, en los calurosos mediodías que por las noches, en verano, paseando intencionadamente por los claros del bosque,*

---

11 Sic en el original.

12 Se refiere al de 1917, que destruyó gran parte de la ciudad antigua.

*lejos de las sombras, siento que absorbo la energía del calor directamente en mis venas, como si estuvieran unidas al sol. Me encuentro muchas veces en el centro de pequeños torbellinos. Paseo al sol para medir la temperatura. Si siento que el tiempo se presenta bochornoso y a punto de descargar tormenta, corro a casa, cierro puertas, cuarterones, ventanas, y enciendo la estufa, intentando convencer -al fin y al cabo, ¿a quién?- de que no puede haber tormenta con este frío. Creo que algo consigo con todo esto.*

*Más tarde me entró la manía de hacer milagros, más bien influjos, de lejos. Aislado como vivía, daba una importancia desmesurada a un buenos días o a una mirada que me hubiera dirigido alguien, quizás días antes. Recreaba las circunstancias, sopesaba los factores, analizaba la cordialidad de la voz o el brillo de la mirada, y cuando llegaba a la conclusión de que no me equivocaba, -y cuanto más hermoso era el rostro, tanto más creía no equivocarme- traía mentalmente ante mí la figura, concentraba mi pensamiento en la cara, intentando infundirle el deseo de hacernos amigos o amantes, cosa que muchas veces, diríase que hasta conseguía. Lo cierto, de todos modos, era que yo mismo me empapaba y bien de deseos, y terminaba siempre con visiones cada vez más realistas. Bastaba un sonido exterior, una tos, para poner en marcha todo el mecanismo de la excitación. Esto, por más que suene irracional o ridículo, aún me sucede alguna vez, aunque ahora de forma algo diferente. Cuando miro o tengo cerca una cara bonita desconocida o nunca antes vista, intento insuflarle un deseo erótico. Penetro dentro de su cuerpo, acaricio sus miembros con suavidad, casi haciéndole cosquillas, especialmente cuando quiero dar un tono alegre y no dramático -que, pobre de mí, es el único verdadero- a mis deseos. Y creo que mis rostros acaban por sentir algo, aunque no lo manifiesten. Lo compruebo cuando después me los encuentro en otra parte, y distingo en su mirada el consabido fulgor.*

*¿Medio loco? Ojalá que loco entero, tal y como se habían puesto las cosas. Pero por desgracia, no lo estaba. Tengo la cabeza bien amueblada, como también aquella parienta mía cercana que hasta sus 95 no había dejado de ver visiones, hacer amuletos, interpretar los sueños y dar a las muchachas leche materna para que embadurnaran a escondidas a los chicos. También yo sé muchas cosas de éstas, conjuros y antidotos. No temo yo las brujerías. Ella también veía visiones, pero siempre optimistas y bellas. En la Guerra de Albania había sido ya el no va más. Con tres hijos en combate tenía que sostenerse primero a sí misma. Una tarde, en una vigilia en Los Doce Apóstoles y mientras todos los fieles estaban arrodillados, vio descender lentamente sobre el altar un casco dentro de una columna de luz. Comenzó a hablar en voz alta y a señalar -el cura, de rodillas, se había callado- hasta que vieron el casco todas las mujerucas, que se habían arrodillado y se golpeaban el pecho. Al día siguiente trajo un medium a su casa, que dijo a todas las mujeres que sus maridos y sus hijos estaban bien y pronto regresarían. Y efectivamente, la mayoría regresaron, pero algunas todavía los están esperando.*

*Pero yo también bien que la recuerdo, gracias a aquel cansancio que me había invadido, cuando, en la mili, me pasaba casi toda la noche excavando en su patio, cerca de las Aérides<sup>13</sup>, en busca, decía, de la cerda con los siete lechoncitos de oro que, según había visto en sueños, estaban debajo. Creía a pies juntillas que básicamente por esta cerda los arqueólogos removían el mundo. Habíamos trancado la puerta del patio y excavábamos sin parar, un inquilino visionario al que había acogido a su vera, y yo. A excepción de unos pedazos de vasijas y la base de una columna no encontramos nada más, pero yo sigo creyendo que allí tiene que haber algo importante, no, claro está, la cerda de oro. Y cuando las excavaciones avancen en esa dirección, me encantaría estar por*

---

13 Torre de los vientos, en el Agora de Atenas. Antigua clepsidra (reloj de agua).

*allí a ver qué desentierran en el lugar en el que estaba la casa de mis antepasados. Pero, ¿me van a permitir acercarme y tocarlo los habitualmente engreídos arqueólogos?*

*Ahora, casi se han calmado las voces, las alucinaciones y los deseos vehementes. Una sola visión me deja de piedra de tanto en tanto: me encuentro supuestamente en una playa desierta con un ser querido. Y cuando nos estamos refrescando, tras un intenso encuentro amoroso, todo se oscurece de repente, un terrible relámpago, con su trueno, y una ola gigantesca nos coge y nos estrella contra la otra orilla. Es la catástrofe total.*

*Dios mío, ciégalos, ciégalos y parálizalos, a todos los bestias cargados de oro.*

## LA CAMA<sup>14</sup>

*Esta cama fue lo único que nos subimos a casa el día en que se llevaron de nuestra vecindad a los judíos, y ya desde esa misma noche, si no recuerdo mal, empecé a dormir en ella. Su edredón, su colchón y sus sábanas sucias ya se las habían apropiado otros. La cama era lo último que había quedado en el piso violentamente desvalijado. Y la única pertenencia judía que, tras mucho dudar, cogimos –lo juro.*

*En ella dormía Isos. Dos o tres años mayor que yo, pero amigo mío. A menudo cuando jugábamos en el piso al escondite o a otros juegos, nos ocultábamos debajo o nos metíamos para coger la pelota que se había colado. Algunas veces, sobre todo cuando no estaba mi familia, nos habían acostado abrazados en esa cama. Entonces vi por primera vez el vello que corona el pubis adolescente. Cierto es que la cama tenía bastantes chinches y que, pese a la caza que posteriormente emprendimos, nunca fueron del todo exterminados. Tiempo después daría gracias a Dios por su supervivencia. Algo de la sangre de Isos se había salvado y unido, tal vez, con la mía.*

*Isos, con su afligida familia, se fue una horrible mañana, arreglado y serio como un novio. Diríase que en su pecho sentía orgullo de la estrella amarilla. Estuve con él hasta el momento en que traspasó el umbral de la puerta exterior. Fuera aullaba un megáfono: "¡Atención!, ¡Atención! Todos los judíos....". Lo agarraron y lo metieron a rastras en la fila. Alguien tiró fuerte de mí hacia adentro y cerró la puerta de un golpe, como algo definitivo, como en un funeral. Sabe Dios qué te podría pasar en aquel momento si por error también te cogían, o si te veían abrazado a un judío.*

*Inmediatamente después, toda la vecindad se secó las lágrimas, subió jadeante hasta el segundo piso y se lanzó como hipnotizada sobre las pertenencias de los judíos. Su rica vivienda estaba hasta los topes de ropa y muebles. Los alemanes habían amenazado de muerte a todo el que cogiera o robara bienes judíos; pero en aquel momento casi nadie se acordó de la prohibición clavada en la puerta. Afuera, seguían contándolos, gritando sus nombres, dándoles patadas. Dentro, su casa era desvalijada con una osadía y pericia realmente admirables. Imagino que lo mismo estaría ocurriendo en las demás casas de nuestro guetto. Hasta es posible que los judíos*

---

14 Debemos señalar que la traducción del relato *La cama* (perteneciente a la colección *El sarcófago*) está tomada, con ligeras modificaciones, de la realizada por Elisa Ibáñez, para la edición de la obra en castellano (citada *infra*).

*estuvieran viendo aturridos el pillaje de sus pertenencias. Sobre todo, cuando arramblaron con las cortinas –eso tiene que haberse visto desde la calle.*

*La inquilina que poco antes se santiguaba haciendo los mayores aspavientos y jurando por lo más sagrado -le habían confiado, al parecer, algo de gran valor-, se lanzó sobre las sábanas de Isos, aún con el calor de su sueño juvenil. Luego se dirigió a cosas más serias. Unos comenzaron a empujar la mesa de nogal; otros, los armarios, las cómodas, los tocadores, los espejos. Una estufa de porcelana rajada se partió entre las manos de un viejo y una vieja, cuando la arrastraban por el pasillo.*

*El suelo estaba cubierto de cáscaras de pipas. Desde hacía días los judíos no cocinaban, ni barrían. Esperaban, siempre vestidos, la orden repentina, contando historias para darse ánimos y vigilando la calle tras las ventanas tapadas y cerradas a cal y canto. Ninguno de ellos mostraba intenciones de huir, cosa más bien fácil. Los pocos que tuvieron el valor de hacerlo, se salvaron casi todos. Los habían amenazado, por supuesto, con exterminar a su familia, y se retenían unos a otros. Además los aletargaban con diversos cuentos. El gran pesar de Madame Cohen, madre de Isos, era que en Cracovia, donde supuestamente iban a llevarlos, los judíos de allí hablaban otra lengua y no el dialecto de Castilla. "Pero saldremos adelante -decía con mucho coraje- como en tiempos de Isabel y Fernando". No habían oído, por supuesto, nada de Auschwitz, ni de las cámaras de gas. Pero, ¿es posible que no hubieran comprendido hasta dónde puede llegar el odio?*

*Subimos a nuestro piso llorando. No aguantábamos seguir viendo el desvalijamiento de la casa. Ni siquiera aceptamos unas pocas cosas que nos ofrecían sus nuevos propietarios una vez saciados. Entreabrimos los cuarterones y observamos horrorizados el paso de las columnas flanqueadas. No tenía la menor apariencia de un viaje ese violento desarraigo. Ancianos, ancianas, enfermos que iban dando traspiés, recién operados doblados en dos se arrastraban a la cola de cada columna. ¿Qué no habrá aguantado toda esa gente? Con todo, quizá fueron los más afortunados, si uno piensa en cómo acabaron los demás. De vez en cuando, también algunas camillas tras las columnas. Sobre ellas iban los convalecientes, los moribundos, las parturientas y, en general, todos los enfermos graves cuyos familiares, con previsión, habían podido preparar una camilla. De lo contrario, también ellos habrían tenido que arrastrarse por su propio pie. Un viento feroz barre en mi memoria la Egnatía<sup>15</sup> de entonces.*

*De todos modos, los judíos se habían oído desde la víspera el peligro inminente. A altas horas de la noche nuestro barrio se llenó de salmos. Su barrio, debiera decir más bien, puesto que ellos eran mayoría. Por eso, había sido declarado guetto provisional. En la primaveral noche de luna llena, escuchábamos el clamor. De todas partes se elevaban súplicas desgarradas al cruel Jehová. En las calles, ni un alma, y en las esquinas de nuestro guetto, los guardianes agrupados. Sobre los tejados parecía planear vapor; algo turbio.*

*Cierto que las noches anteriores también se habían oído a menudo salmos, pero eran cantos ahogados y prolongados. No tenían ese desgarramiento colectivo, esa angustia por una ayuda inmediata. Además, también antes se oían de vez en cuando canciones, incluso palmas. Sus jóvenes se iban casando unos tras otros. Ante la amenaza de deportación, los enamorados se citaban una hora antes. Además se había extendido con insistencia el rumor de que a los casados los tratarían de*

---

15 Una de las principales avenidas en el centro de Tesalónica. Sigue el trazado de la antigua vía romana del mismo nombre, que unía Roma con Constantinopla.

*modo diferente, y hacían lo imposible por emparentar con nosotros, pero ni en los manicomios hubieran podido encontrar novios o novias griegos en aquel momento. Con todo, unos cuantos matrimonios de este tipo se han hecho famosos.*

*Cuando perdimos de vista las columnas de nuestro vecindario, me encaminé al colegio. Los guardianes apostados en la esquina no me dejaban pasar. Llevaba un antiguo carnet del Frente de Juventudes. Se lo enseñé y salí. ¿No podría haber sido un niño judío?*

*En la escuela la mayoría de los chicos sabían más o menos qué había ocurrido. No puedo decir que se produjera especial conmoción, aunque teníamos compañeros judíos. La clase se desarrolló con normalidad. En el recreo algunos chicos cantaron el himno panhebreo que habían inventado en clase. Era una canción burlesca, que entonaban, naturalmente, con una conocida melodía, en un griego entrecortado y arrastrando la voz, tal como hablaban los sefarditas. Aún me acuerdo de la primera estrofa<sup>16</sup>:*

*Cuando vayamos a el Salonica  
encontraremos un casa vacío,  
comenzará de nuevo lo viejo trabajo  
para que viva el Tsindiós<sup>17</sup>.*

*Esos chicos eran pocos y además necios. Igual de necios, aunque no tan pocos, eran también aquellos adultos, sobre todo comerciantes, que sintieron alivio entonces. Por no hablar de los diversos traidores y de los desquiciados admiradores de los hitlerianos, a los que, gracias a Dios, nunca echamos de menos. Afortunadamente nos redimen de eso, pienso, determinadas acciones de heroico sacrificio.*

*Al mediodía, cuando regresé, había un gran barullo de gente en nuestro vecindario. Los alemanes se habían retirado, no así los guardianes. Ahora, oleadas de indigentes y gitanos se lanzaban por los desechos<sup>18</sup>. Pero de vez en cuando sonaba algún que otro disparo, por eso, todos corrían asustados. Vi a un gitano correr hacia la plaza con un cajón vacío en las manos. A otro con pesados libros, y a un tercero con un cuarterón casi destrozado. ¿Para qué querían esas cosas? De nuestra casa habían arrancado hasta las puertas del piso de los judíos. Y aprovechando la ocasión, robaron todas las bombillas y los cristales de las ventanas de la escalera. Durante años se estuvo colando por allí la lluvia y el frío.*

*Entré con miedo en el piso abierto de par en par. Lo habían desvalijado por completo. Basura, papeles, borra, plumones desparramados por el suelo. En la cocina, los azulejos todos arrancados. Buscaban los muy bestias el tesoro.*

*Me fui al servicio. Quizá a causa del miedo tenía un fuerte dolor de tripa. Había muchos libros de texto tirados en la bañera. Los recogí, no sin cierta satisfacción. De libros andaba terriblemente escaso. Muchos tenían puesto el nombre de Isos.*

---

16 La traducción de la estrofa pretende reproducir los errores gramaticales- que no los fonéticos, por otra parte intraducibles - con los que los niños de la escuela caracterizan, a modo de burla, la manera en que los sefarditas hablaban griego.

17 El término Tsindiós es un apelativo de "judío".

18 Traducción libre del término griego γιάγμα, que designa el juego infantil mencionado antes.

*En la habitación de Isos había quedado sólo la cama de hierro color café. Seguramente no se la habían llevado porque tenía muchos muelles rotos. Cuando la vi, fue como si volviera a ver a Isos ante mí. Subí a casa y lo dije: quería su cama. Muy a su pesar, bajaron a ayudarme. Además, todos estaban ya acostados debido al ajetreo matinal. La subimos, le sujetamos fuerte los muelles y después la escaldamos por los chinches. Empecé a dormir en ella esa misma noche, justo en el momento en que comenzaron las grandes torturas de Isos.*

*Durante muchos años dormí en esa cama. Todas las alegrías –si las hubo– y los interminables tormentos de mi juventud los he vivido en esa cama, solo y desvalido. Allí sufrí más tarde padecimientos, insomnios, sudores, angustias, y desde entonces la cama empezó a romperse por las vueltas que daba. Intentando curarme –lo cual, supongo, casi conseguí– he montado en ella incontables escenas y composiciones orgiásticas, como si una presencia invisible me lanzara a un imparable paroxismo erótico. Cada noche, algo distinto, algo nuevo y más atrevido o, en casos excepcionales, variaciones sobre el mismo tema. Cuando aquel trastorno superó los límites y se enredaron concupiscencias, autocomplacencias, lecturas, privaciones y crisis religiosas que me provocaron prematuramente algunos tipos funestos, llegué al punto de achacar mi deterioro a la cama de Isos. Aquel maldito catre había devorado a Isos y ahora iba a devorarme también a mí.*

*Anteayer, un anticuario que trajimos para que nos aligerase de nuestras antiguallas, se negó, por fortuna, a llevársela. Es un trasto, –dijo– no vale la pena. Ya había sucedido otras veces: no pudimos librarnos de ella. Así que la cama sigue oxidándose en el trastero. Sin embargo, he comenzado a considerar seriamente repararla y volver a dormir en ella. Es inútil y casi ridículo que insista en dormir en cama de matrimonio. Así el mal no se ha conjurado en absoluto. No he vuelto a ver a nadie respirando plácidamente a mi lado. A ver si recupero, al menos, mis fantasías y antiguas visiones, cualesquiera que sean. Es mejor que nada.*